

El Pueblo de Rodillas

El cortejo llega a la Plazuela de Albear. Los caballos, enormes, membrudos, que tiran del armón, piafan nerviosamente. Sobre el adoquinado brotan chispas. Es el único ruido que se siente. Porque el silencio, un silencio de muerte, de horror, de misterio, flota sobre la muchedumbre, aplasta los nervios, hunde los sollozos en las gargantas. Y este silencio, sagrado, religioso es lúgubre e imponente. Ni una voz, ni una exclamación. La inmensa muchedumbre marcha con la cabeza baja. Dijérase que las respiraciones se detienen. Es, bajo la cruda luz blanca y lechosa de los focos eléctricos, como un cortejo de sombras, un espectral séquito de fantasmas.

El armón desemboca por la calle de O'Reilly. Los soldados, que ocupan la trasera de esta maquinaria militar, semejan, mudos, inertes, con los brazos cruzados, unas cariátides amarillas. De repente algunas voces, fúnebres, tristes, adoloridas, mojadas en lágrimas, surgieron de la multitud. ¡Queremos el cadáver!

Eran hombres raídos, sin zapatos, algunos con levitones primitivos, otros enseñando la carne magullada al través de la camisa rota. Muchas mujeres sollozaban. Y sus lágrimas no eran hermanas de aquellas que surgían de los ojos mercenarios de las plañideras. Eran lágrimas ardientes, que corrían en hilos lentos por rostros marchitos, macerados por todas las penas, todas las hambres y todas las renunciaciones.

La comitiva oficial se detuvo. Otra vez, más agudo, más lancinante, más desgarrador, bajo la noche estrellada brotó la súplica ardiente. ¡Queremos llevar el cadáver del general! ¡Dadnos el cadáver de nuestro general! Y la imploración brotaba de los pechos humildes, se henchía, rodaba como el quejido de un suplicado, de un herido al través de los hondos valles.

No era una reclamación estruendosa. Las voces enronquecidas de los hombres rogaban, pedían. Las voces agudas de las mujeres, rayadas por sollozos, parecían implorar, y dijérase que subían y se elevaban a los altos cielos, ascendían como la humareda de un incensario milagroso, como la queja de un agonizante, como el gemido sin fuerza de un niño enfermo.

Durante un minuto callaron las voces de imploración. En ese momento, desde lo alto cayó una bandera cubana sobre el féretro. Prendido a la tricolor amada un letrero decía: "Homenaje del pueblo".

Todos los ojos vieron el trapo inmortal abatirse sobre el marófago.

Y fué, entonces, el gran momento. La inmensa multitud, como si actuara bajo una voluntad única, lúcida y suprema, como si reuniera sus corazones en un solo gran latido cayó de rodillas. Los espectadores más fríos sintieron un doloroso estremecimiento. Aquella multitud arrodillada junto al féretro, realizaba el acto más sublime de religiosidad.

Y de repente, toda la muchedumbre arrojó un sólo grito dilacerante: — ¡Queremos el cadáver del general!

La comitiva oficial se detuvo. Los que rodeaban al doctor Miguel Mariano Gómez miraban callados, mudos de dolor. En los ojos de Céspedes, rodeados por un círculo color de plomo, se alzaba una llama de suprema pena.

Miguel Mariano Gómez, quiso hablar, dirigirse a la multitud. Limpió las lágrimas. Logró balbucear: ¡Amigos! pero su voz se partió en un sollozo desgarrador.

La multitud aceptó la negativa. No, aquello no era posible. La multitud alzó las rodillas. Se levantó. Y aún más triste, más agobiada, siguió como un cortejo de fantasmas tras el armón, arrastrado por los caballos enormes y poderosos, lentamente, muy lentamente...

H. J. J. 19/21

